

que siempre habian visto el avance sobre la corte de Moctezuma como un delirio, repitieron su idea, se afirmaron en su pensamiento, y aun indicaron que seria prudente la vuelta á Veracruz.

Cortés, que habia sentido redoblar su espíritu con la idea de enarbolar la cruz sobre el templo principal dedicado al sangriento númen de la guerra; que veia delante de sus ojos, convertido en realidad, el bello ideal que venia acariciando desde que puso la planta en las abrasadas playas de Veracruz; que contemplaba abiertas las puertas de las regiones auríferas soñadas por Colon y por él halladas, procuró desvanecer los recelos de los tímidos, haciendo memoria de las glorias adquiridas, y presentándoles en lontananza las riquezas y el nombre de valientes.

Las palabras del general, secundadas por sus bravos capitanes y repetidas por la mayoría del ejército, reanimaron el espíritu de los pocos tímidos que, participando al fin del entusiasmo de sus bravos compañeros, se mostraban impacientes por penetrar en el majestuoso valle que se presentaba á los ojos de Hernan Cortés como la tierra de promision.

El ejército continuó su marcha, descendiendo por las sierras y penetrando por campos cultivados y pueblos labradores, que se presentaban á ofrecer á los extranjeros los frutos de su labranza y el techo de sus hogares. Cortés cruzó por Amaquemecan y llegó á Tlalmanalco, ciudades distantes entre sí tres leguas, situadas en las faldas de las montañas y rodeadas de numerosas aldeas. Los habitantes de Tlamanalco, afectuosos y hospitalarios, acogieron á los soldados castellanos con demostraciones del mas sincero

júbilo, presentándoles en abundancia gallinas, frutas y pan de maíz.

Por todos los pueblos en que se detenia el ejército español, escuchaba Hernan Cortés terribles quejas contra el emperador Moctezuma. Los habitantes le pintaban con los mas negros colores. Decian que la opresion en que tenia los señoríos sujetos á su corona excedia á la de los mas crueles tiranos. Los recaudadores de contribuciones, insaciables en su codicia, les agobiaban con los enormes tributos. Los jóvenes eran llevados para engrosar los ejércitos de Moctezuma y cultivar sus campos, como si fueran esclavos; y las doncellas de mas singular belleza para aumentar las mujeres de su harem (1).

Hernan Cortés escuchaba las quejas de los feudatarios de la corona de Méjico, sintiendo en el interior de su alma una satisfaccion profunda. Ellas eran los síntomas inequívocos del profundo descontento de los pueblos, que podria utilizar para dar cima á la obra emprendida. Las acusadoras voces de los caciques contra Moctezuma eran los ruidos subterráneos que preceden á una erupcion volcánica. Cortés procuró que cobrasen mayor fuerza, alimentando el disgusto general con esperanzas lisonjeras. Así, en un momento dado, el minado terreno sobre el cual descansaba el trono azteca haria la explosion, hundiendo para siempre el sόlio de los emperadores. El sagaz polí-

(1) «Todos aquellos pueblos, secretamente que no lo entendieron los embajadores mejicanos, dieron tantas quejas de Moctezuma y de sus recaudadores que les robaban cuanto tenian, é las mujeres é hijas si eran hermosas se las tomaban, é que les hacian trabajar como si fueran esclavos.» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

tico se manifestó dispuesto á favorecerles, diciendo que habia sido enviado por su poderoso monarca para salvar á los pueblos de la opresion, y que no se alejaria del país sin haber alcanzado tan noble objeto. No olvidándose Cortés en ninguna de sus conferencias de la conversion de los nativos á la religion católica, aprovechó la favorable coyuntura que se le presentaba para hacer que el padre Olmedo les explicase algunos de los augustos misterios de la religion. A la prédica del venerable misionero seguia en todas las poblaciones por donde el ejército pasaba la libertad de los desgraciados destinados al sacrificio, cuyas jaulas de madera eran despedazadas por los soldados castellanos.

A medida que el ejército avanzaba, iba dulcificándose el clima y presentándose mas poblado y pintoresco el país. En una de las poblaciones se presentó á Cortés otra embajada de distinguidos personajes enviados por Moctezuma con un presente de oro, vestidos de algodon y mosaicos de pluma para el general castellano. El mensaje terminaba, como los enviados anteriormente, con súplicas y pretextos para disuadirle de su marcha á la capital, ofreciendo enviar anualmente al monarca español considerable cantidad de oro y ricas joyas. Pero Hernan Cortés, que no habia retrocedido cuando el emperador azteca, manteniendo su dignidad, le amenazó con sus numerosos ejércitos si intentaba dar un paso hácia adelante, mal podia obsequiar la humilde súplica del que, olvidándose del noble carácter que correspondia al emperador de una nacion guerrera, manifestaba su miedo en sus dádivas y excitaba con sus regalos el deseo de avanzar.

Antes de enviar el presente referido, Moctezuma se habia retirado á uno de sus palacios destinado á las prácticas religiosas, para pedir á los dioses el alejamiento de los españoles. Esperaba que retrocediesen de Cholula, y para alcanzar la proteccion de sus falsas divinidades se entregó al ayuno y la penitencia. A las mortificaciones de su cuerpo añadió los actos que mas gratos juzgaba á los ojos de sus ídolos. Los altares humearon con la sangre de inocentes víctimas, y los regocijos y las diversiones públicas se suspendieron.

Cuando el supersticioso y débil Moctezuma esperaba alcanzar de sus divinidades el favor que anhelaba, recibió la noticia de que los españoles, pasando la barrera de montañas, avanzaban por el valle tremolando el estandarte de la cruz. Entonces sintió aumentarse su inquietud y su espanto. Se creyó abandonado del cielo, y vió desvanecerse la dulce esperanza que hasta entonces le habia sostenido. La profecía de que el trono seria ocupado por una raza de hombres que marcharian del otro lado de los mares, iba á realizarse. Aquel puñado de españoles que habian triunfado de los mas valientes guerreros, saliendo ilesos de los combates; aquellos seres de musculatura de hierro, invulnerables á las armas, infatigables en las marchas, de fisonomia distinta, montados en fogosos animales obedientes á su voluntad, armados de instrumentos que lanzaban el rayo, tenian por fuerza que ser, en su concepto, hombres protegidos por alguna divinidad.

Consternado por el abandono en que le dejaban sus dioses y las contestaciones ambiguas de sus consultados oráculos, quiso recurrir á la opinion de sus consejeros po-

líticos, y convocó á los reyes aliados y á otros distinguidos personajes, entre los cuales se hallaba su hermano Cuitlahua. El rey de Texcoco, el joven Cacamatzin, opinó porque se recibiese á los españoles como embajadores del monarca de España. El hermano de Moctezuma, mas belicoso que su emperador, le aconsejó que enviase inmediatamente un numeroso ejército á oponerse al paso de los extranjeros, no permitiendo de ninguna manera la entrada de ellos en la capital, y luchando sin cesar hasta arrojarles del territorio azteca. Moctezuma, que siempre habia seguido el consejo de su hermano en todos los negocios de Estado, entonces lo desechó, dominado por la superstición, y aceptó el del rey de Texcoco. «Los dioses quieran—le dijo Cuitlahua—que los extranjeros que acogeis en vuestra ciudad no os arrojen de ella, y que cuando reconozcais el mal podais remediarlo.» El abatido emperador, dominado de profunda pena, contestó con triste acento: «Los dioses me han abandonado, y toda resistencia seria inútil. Yo, sin embargo, lucharía y sabría morir al frente de mis bravos guerreros; pero me detiene la consideración á los niños, ancianos y mujeres, que no tienen fuerzas para defenderse.»

Estas fueron las tristes palabras con que Moctezuma expresó su pena, al resignarse á recibir á los hombres que no habia podido alejar por medio de las dádivas ni de los ruegos á sus dioses. Mas honroso le hubiera sido aprestarse á la lucha y morir defendiendo la ciudad, como habian muerto los bravos mejicanos y choluleses, defendiendo el templo principal, abrasándose en las llamas y arrojándose de lo alto de las torres para no rendirse.

Entre tanto el ejército español continuaba su marcha, descendiendo por en medio de cultivadas campiñas y risueños caseríos, cuyos hospitalarios habitantes salían á obsequiarles, atraídos por la curiosidad de conocer á los hombres extraordinarios cuyos notables hechos se referían con asombro por todos los pueblos y aldeas del Anáhuac.

El contento se veía pintado en el semblante de la tropa castellana y de sus aliados, al verse objeto de las atenciones de los habitantes del valle. Recibiendo ovaciones y parabienes, llegó el ejército al pueblo de Ayotzinco, situado ventajosamente en la orilla meridional de la laguna de Chalco. Ayotzinco era el animado puerto cuyas aguas se veían cubiertas constantemente de centenares de canoas mercantes que recorrían los pueblos colocados al Mediodía de Méjico, manteniendo entre ellos un comercio productivo. La posición del activo puerto no podía ser mas pintoresca. Anchos canales, por donde cruzaban las ligeras embarcaciones, formaban las principales calles orilladas de blancas casitas, construidas sobre sólidas estacadas encajadas en el agua. La animación de la ciudad; el continuo movimiento de las canoas conducidas por los remeros indios, cargadas de flores, de verdura, de maíz y de pimientos, llamaba la atención de los españoles, que se creían transportados á las regiones encantadas de los libros de caballería.

La recepción hecha á Cortés fué altamente lisonjera. Espaciosos edificios se le proporcionaron por los caciques, para alojamiento de la tropa, y abundantes y buenos víveres se le dieron. El deseo de conocer á los afamados ex-

tranjeros y verles de cerca, atrajo un numeroso gentío de los sitios comarcanos. Aquella curiosidad fué funesta para algunos. Al llegar la noche, Cortés, como tenia de costumbre, redobló la vigilancia para evitar cualquier golpe de mano. Los indios, aprovechándose de la oscuridad, se aproximaron con sigilo al cuartel castellano, y los centinelas, creyéndoles espías, mataron á quince. No es de creerse que llevasen mira ninguna hostil; pero la conducta vacilante observada por Moctezuma; la conspiracion de Cholula, y los consejos de los aliados anunciándole celadas y peligros, les fué perjudicial. Los soldados de avanzada les juzgaron enemigos, y Cortés, al hablar de ese hecho, les presenta de igual manera (1).

Al siguiente dia, muy de mañana, cuando el ejército se disponia á continuar su marcha, se presentaron á Cortés cuatro nobles mejicanos anunciándole que se acercaba el rey de Texcoco á hacerle una visita de parte del emperador de Méjico. Pocos momentos despues se dejó ver el monarca en un lujoso palanquin en que el oro y las piedras preciosas se hallaban artísticamente armonizadas, y sen-

(1) «E así mismo», dice Cortés á Carlos V, sin dudar de la verdad, «quisieron allí probar sus fuerzas con nosotros, excepto que segun pareció, quisieran hacerlo muy á su salvo, y tomarnos de noche descuidados. E como iba tan sobre aviso, hallábame delante de sus pensamientos. E aquella noche tuve tal guarda, que así de espías que venian por el agua en canoas, como de otras que de la sierra bajaban á ver si habia aparejo para ejecutar su voluntad, amanecieron casi quince ó veinte que las nuestras les habian tomado y muerto. Por manera que pocas volvieron á dar su respuesta del aviso que venian á tomar; y con hallarnos siempre tan apercebidos, acordaron de mudar el propósito y llevarnos por bien.» Segunda carta de Cortés.

tado bajo un vistoso dosel de hermosas plumas verdes. Iba conducido en hombros de cuatro sirvientes suyos y acompañado de una brillante comitiva compuesta de lo mas selecto de la nobleza. Al llegar á la vista del general español, descendió del palanquin y empezó á caminar á pié, precedido de algunos criados que iban quitando del tránsito los objetos que pudieran ofender su vista ó lastimar sus reales piés. Era un jóven de veinticinco años de edad, de fisonomía simpática, en que se traslucia la bondad del alma; de regular estatura, bien formado y de noble porte. Hernan Cortés salió á recibirle á la puerta de su alojamiento, y saludóle con una inclinacion de cabeza, dándole así á conocer quién era. El monarca texcocano correspondió al saludo del caudillo español tocando la tierra con la mano derecha y llevándola despues á la boca.

Los soldados castellanos quedaron sorprendidos del fausto y la grandeza del régio personaje. La magnificencia por él desplegada les hizo formar una idea muy elevada del brillo, de la riqueza y poder de que debia estar rodeado el emperador Moctezuma (1).

Hernan Cortés, despues de los saludos de costumbre, abrazó al jóven monarca y le condujo á la sala principal

(1) «Llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de los mejicanos habiamos visto traer, porque venia en andas muy ricas... Y cuando nuestro capitan y todos nosotros vimos tanto aparato y majestad como traian aquellos caciques, especialmente el sobrino de Moctezuma, lo tuvimos por muy gran cosa, y platicábamos entre nosotros que cuando aquel cacique traia tanto triunfo ¿qué haria el gran Moctezuma?» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

de su alojamiento. Cacamatzin entró con aire distinguido y rostro afable, y tomó asiento en una silla que le presentó el caudillo español. Luego, tomando la palabra, felicitó al jefe castellano, en nombre de Moctezuma, por su feliz llegada al país; le expresó el sincero afecto que le profesaba; la buena disposición en que estaba de establecer una amistosa correspondencia con el monarca de España, y su resolución de enviarle cada año ricos presentes de oro y pedrería. El mensaje terminó suplicándole, de parte del emperador, que desistiese de su visita, pretextando la escasez de víveres por los sitios que tenía que pasar y lo malo y penoso de los caminos. Hernán Cortés le dijo que no podía acceder á la petición sin faltar á su monarca que le había enviado con aquel solo objeto; que su misión era de paz, y que de su visita no podía resultar daño ninguno, y sí notable provecho. «Si es así—dijo entonces el joven rey—en la corte nos veremos.»

Dichas estas palabras se puso en pié para despedirse. Cortés volvió á abrazarle afectuosamente, y le regaló, en señal de amistad, tres vistosas cuentas de vidrio, llamadas margaritas, con variados colores dentro, que si de ningún valor en Europa, lo eran de mucho en un país donde no se conocían (1).

(1) Prescott dice que el rey de Texcoco presentó á Cortés «tres perlas de un tamaño y lustre extraordinario, quien en recompensa colocó en el cuello de Cacamatzin una cadena de cuentas de vidrio». Nada dice Bernal Díaz de esas tres perlas. Según él, que presencié el acto, no hubo más obsequio que el que hizo Cortés al sobrino de Moctezuma y á los nobles que le acompañaban. Tampoco Cortés, ni Solís, ni Clavijero hacen mención de presente ninguno de parte de Cacamatzin.

El rey Cacamatzin se manifestó agradecido al presente; dejó, para que acompañase á Cortés, una parte de la nobleza de su séquito, y volviendo á subir en sus ricas andas salió de la ciudad con dirección á la corte de Moctezuma (1).

El ejército español emprendió pocos instantes después su marcha, siguiendo la orilla meridional de la gran laguna. De todas partes corrían á ver pasar á los extranjeros que se dirigían á la capital acompañados de lo más selecto de la nobleza azteca. Nada más pintoresco que aquel cuadro en que se veía descender de las montañas millares de indios de ambos sexos y de todas edades, ávidos de conocer á los hombres extraordinarios cuyas armas, color y barbas habían escuchado ponderar. Centenares de canoas, cubiertas de gente, seguían por la laguna al ejército, mientras del otro lado los alegres labradores, saliendo de los inmensos maizales, de las huertas y de los bosques que embellecían la campiña, se unían á la multitud que detrás iba para adquirir algunas noticias que satisficieran su natural curiosidad.

A medida que el ejército avanzaba, se iban aumen-

(1) Solís refiere que esta entrevista pasó en Amaquemecan ó Amecameca, como él y otros escritores le llaman. Pero sufre un error. Amaquemecan no está fundada, como él dice, «en una ensenada de la gran laguna, la mitad en el agua y la mitad en tierra firme». Amaquemecan, lejos de ser puerto de la laguna, está á más de cuatro leguas de ésta, en la falda de un monte. La entrevista del rey de Texcoco se verificó en Ayotzinco, que era el puerto de la laguna de Chalco. La descripción que hace Cortés del pueblo corresponde exactamente á Ayotzinco. Bernal Díaz pone la visita en Iztapalatenco; pero no es extraña su equivocación, puesto que es muy difícil retener todo en la memoria.